

“La izquierda sin brújula”

entrevista a Russell Jacoby

José Antonio Aguilar Rivera

En abril de 1998 el historiador norteamericano Russell Jacoby, autor entre otros libros de *The last intellectuals* (1987) y *The end of utopia* (1999), viajó a México para la presentación de mi libro *La sombra de Ulises: ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*. En esa ocasión le hice una entrevista sobre la vida intelectual y el estado de la izquierda en el mundo occidental. Este es un fragmento de aquella charla.

(José Antonio Aguilar Rivera) *Christopher Lasch* (The true and only heaven: progress and its critics. The revolt of the elites) pertenecía a una izquierda poco usual, pues no era optimista. La izquierda tradicionalmente tenía confianza en el progreso y en un futuro justiciero. La revolución llegaría tarde o temprano. Por el contrario, Lasch era un pensador pesimista. ¿Usted se pondría en esa categoría de izquierda “sombria”?

(Russell Jacoby) (Risas) El adjetivo “sombrio” lo hace parecer demasiado subjetivo... pero sí, comparto cierta suspicacia hacia la idea mecanicista, progresiva, de la historia que la izquierda y los socialistas a menudo abrazaron.

¿Es un escéptico del progreso?

Bueno, soy escéptico de la idea de que las innovaciones científicas y tecnológicas en el último siglo y medio han redundado en beneficios indiscutibles. ¿Cuáles son los avances en la forma de vivir de la gente y en cómo se relaciona entre sí? ¿Sabe vivir mejor hoy, al final del siglo xx, que en el siglo xix? Exis-

ten, es verdad, ciertos indicadores de mejoría, en términos de longevidad y mortalidad, pero ¿ha desaparecido la violencia? ¿El avance de la electricidad ha sido acompañado de progreso en otras áreas? En algunos casos, tal vez, lo que ha ocurrido es una regresión. Por ejemplo, la invención de la ametralladora. En cierto sentido fue un avance tecnológico: con ella se pudo matar a más gente más fácilmente...

Esta suspicacia lo coloca en un lugar muy extraño en un país cuya identidad nacional está definida por una enorme fe en la idea del progreso.

Así es. La confianza norteamericana en que cada generación mejorará su condición en relación con la anterior es algo sobre lo que tengo mis dudas, y es algo peculiarmente norteamericano.

¿Son dudas que otros comparten en los Estados Unidos?

No lo sé a ciencia cierta, pero lo que sí puedo establecer es que el fin de la utopía no sólo produjo desilusión en la izquierda. Una de las paradojas que analizo en mi libro es que después de la caída del muro de Berlín uno hubiera esperado, en principio, que se diera una confianza global, particularmente entre los analistas occidentales, en que desaparecida la gran amenaza a la democracia, sus beneficios se extenderían por todo el globo. De hecho ocurrió lo opuesto. El optimismo de Francis Fukuyama y su “fin de la historia” fue más bien excepcional; si uno lee los escritos de algunos teóricos como Samuel P. Huntington, o Zbigniew Brzezinski –el viejo *establishment* de pensadores políticos– descubre que lo que avizoran es un mundo que se colapsa: creciente anarquía, hambrunas y epidemias. Y esta es una visión que creo es aceptada cada vez más: el futuro se ve negro.

Permítame señalar una paradoja aparente. Usted lamenta el fin de la utopía, pero ¿no podría concebirse al progreso, con su promesa de bienestar bien distribuido, como una idea utópica?

Es cierto. Si buscamos utopías sobrevivientes en Estados Unidos y el resto del mundo, uno de los grupos que merecen ese nombre son los “futuristas”: gente como Alvin Toffler, partidarios de la “tercera ola”, etcétera. Se trata de una visión predominantemente tecnológica. Los futuristas abrazan la noción de

que la tecnología –la internet, las comunicaciones, etc.– cambia la vida de las personas. Me ocupo un poco de ellos en mi libro, pero mi argumento es sencillamente que la utopía se ha quedado sin una visión sustantiva, es como si la utopía ahora consistiera en imaginarse viviendo en un suburbio rico para poder comprar cualquier cosa sin salir de casa. Todo –provisiones, películas, etc.– se entregaría en la puerta de nuestros hogares. Esta visión, comparada con las últimas utopías, no tiene ningún elemento particularmente igualitario o emancipador. Se trata en verdad de un gigante *mall* norteamericano.

Sin embargo, en Chiapas la utopía pervive, aunque rápidamente se transformó en un programa arcaico que busca la preservación de la tradición y las costumbres. Ahí la utopía hizo “corto circuito”. La izquierda intelectual en México, con pocas excepciones, ha hecho suyo este movimiento conservador y romántico.

Sí, es un asunto muy complejo. Ocurre todo el tiempo en los Estados Unidos. ¿Qué significa decir que un grupo tenga sus propias costumbres locales? Eso acaba por justificar muchas costumbres que son salvajes o destructivas. El evitar hacer juicios morales y juzgar culturas extrañas proviene de un deseo de evitar ser, o sonar como, un intelectual imperialista, que le dicta al mundo cómo debe vivir. Siento cierta simpatía por estos pruritos. Sin embargo, indetectiblemente ese razonamiento lleva a un tipo de romanticismo o nativismo que puede ser completamente reaccionario. El nacionalismo en la era moderna siempre ha apelado a las costumbres locales; ese es el corazón del nacionalismo alemán, su repudio a la Ilustración francesa, que era universal.

¿Se refiere al argumento de Isaiah Berlin sobre el surgimiento del nacionalismo como una revuelta romántica?

Sí, aunque esto es extremadamente común. Se trata de un llamado a lo local: “esta es la forma como hacemos las cosas aquí”. Lo menciono en mi libro *The end of utopia*: la esclavitud en el sur de los Estados Unidos era considerada una institución “peculiar”. La justificación era: “esta es la forma como hacemos las cosas aquí, esclavizamos a la gente”. ¿Qué harían los intelectuales de hoy enfrentados a ese argumento? Bueno, argüirían, “no podemos recurrir a valores universales, porque así es como hacen las cosas allí”.

¿Cómo ocurrió esto? ¿Por qué la izquierda intelectual claudicó de sus banderas de reivindicación universales?

La izquierda, política e intelectualmente, recibió un golpe en el estómago y como consecuencia perdió la confianza en sí misma. Así que no sólo no tiene una visión política del futuro, sino que intelectualmente ya no cree en los conceptos de la Ilustración. Así, Charles Taylor, el filósofo canadiense, puede afirmar en relación con el *affaire* Rushdie: “bueno, no creo que el escritor deba ser perseguido en Canadá, pero tal vez sí deba ser perseguido en otro país”.¹ La confianza en los conceptos de la Ilustración ha caducado. Entonces, ¿qué sigue? Y la respuesta es: escuchar los llamados de las tradiciones nativas y locales. Y aunque ello no es totalmente reaccionario, fácilmente puede devenir en eso.

Y ocurre que muchas de esas culturas han estado oprimidas. Ello permite que esos intelectuales estén a favor de los oprimidos. Sin embargo, pocos se percatan de que si bien estar a favor de los oprimidos es parte del legado de la izquierda, no lo es estar a favor de tradiciones que oprimen a las mujeres y a las minorías.

Absolutamente. Creo que los brotes de nativismo y romanticismo intelectual son muy comunes en la izquierda hoy y se dan por doquier. Demandas en nombre de los oprimidos acaban por adquirir un tinte romántico. No es una discusión nueva, pero es un argumento que no termina. Por ejemplo, los británicos en el siglo XIX se encontraron con el sacrificio ritual de las viudas en la India. Los ingleses no dudaron; asumieron que podían prohibir esa costumbre que consideraban bárbara. En el siglo XX decimos: “no, no podemos condenarla”. Los británicos eran sin duda imperialistas, sin embargo también pudieron haber estado en lo correcto al abolir esa práctica.

Alguien podría aducir que ese juicio emana de la hybris marxista que despreciaba a los campesinos y a la cultura rural por considerarlos agentes reaccionarios...

Como dije antes, soy un crítico del progresivismo mecanicista del marxismo, que fue desastroso. Por el otro lado, en el sentido de que existe un compro-

¹ Jacoby se refiere a la posición adoptada por Taylor en relación con la *fatwa* en contra del escritor británico Salman Rushdie. Véase Charles Taylor, “The Rushdie Controversy”, en *Public Culture* 2, núm. 1 (1989): 118-122.

miso con los conceptos de la Ilustración, creo que es un error desecharlos. La aplicación mecánica de nociones universales es ridícula, sin embargo me parece que el proyecto fundamental de los intelectuales consiste en examinar las costumbres locales a la luz de las categorías de libertad y justicia. Una vez que decimos “no podemos juzgar esto o aquello porque es imperialista”, nos convertimos en porristas. Ese modelo es muy viejo; la idealización de los nativos se remonta a la idea del buen salvaje: los indígenas son libres e impolutos. Es un modelo anacrónico y quebrado.

¿Han quedado los conceptos de la Ilustración en manos de la derecha y de los liberales de izquierda, como Ira Katznelson, quienes piensan que la tradición liberal debe recoger lo que queda de la izquierda?

En mi libro argumento que la izquierda perdió la brújula, por ponerlo de alguna manera, y que, en consecuencia, el liberalismo perdió su espíritu. La izquierda había funcionado como el flanco izquierdo del liberalismo, había sido su crítica y en ese sentido mantuvo al liberalismo honesto, porque su contraparte ahí estaba, dispuesta a denunciarlo. Sin embargo, al menos en Estados Unidos, esa izquierda se ha vuelto liberal, y en consecuencia el liberalismo perdió a su crítico y se volvió increíblemente “esponjoso”. Me refiero a Katznelson, Taylor, Richard Rorty, Amy Gutmann y a quienes participan en la discusión sobre el multiculturalismo, que hablan sin cesar sobre la virtud cívica y la moral republicana. Me parece que no tienen claro qué es lo que dicen. Tratan de recuperar un vocabulario que es extremadamente vago. Las ideas de Charles Taylor en asuntos como el caso Rushdie y el multiculturalismo son muy poco consistentes. Las lucubraciones de Katznelson sobre el liberalismo y el socialismo han producido muy poco en concreto. Ese liberalismo ha perdido su columna vertebral, se ha vuelto flácido y suave debido a que perdió su flanco izquierdo. ❧